

Fundación Juan March

poética y POESÍA

JUAN CARLOS MESTRE

Madrid MMXVIII



Juan Carlos Mestre

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMXVIII

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero
24. Javier Rodríguez Marcos
25. Olvido García Valdés
26. Luis Antonio de Villena
27. Joan Margarit
28. César Antonio Molina
29. Antonio Martínez Sarrión
30. Jenaro Talens
31. Félix Grande
32. Clara Janés
33. Pere Rovira
34. Antonio Lucas
35. Juan Carlos Mestre

poética y POESÍA

20 de febrero de 2018

© Juan Carlos Mestre

© de esta edición Fundación Juan March

Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-3773-2018

Imprime: Improitalia, S.L. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

JUAN CARLOS MESTRE
ELOGIO DE LA PALABRA

He aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor, la voz precursora de Juan Larrea cuando un ciervo de otoño baja a lamer la luna de tu mano. Imagino un mundo hecho de palabras, una realidad que ya solo existe en el lenguaje. Puedo presentir otra existencia en la memoria, la súbita presencia de una lejanía que se hace voz sin boca en el poema a través de las leyes secretas de la imaginación. Supongo una asamblea ciudadana en la que cada cual, dispuesto a interferir en las ambiguas supersticiones del destino, hiciese de su vida un proyecto espiritual y político destinado a ampliar los horizontes significativos del porvenir. Hablo de lo queideo, de la vital experiencia de la intuición frente a la esclerosis anímica de la costumbre. Creo en la libertad absoluta de la condición humana para construir con el sueño de su inteligencia un lugar de acogida moral frente a la intem-

perie pragmática de la razón. Pienso que, al igual que las personas, también las palabras son responsables unas de otras, seres de conocimiento vinculados por los modos del azar, herramientas comprometidas en la tarea de lo inexpresable o acaso espejos sin reflejo de las aún no visibles semejanzas entre el saber de lo aparente real y las formas de otro saber en las desconocidas aldeas celestes. Hablo de una abstracción que sitúa toda la realidad en el corazón fonético del universo, en la posibilidad intransferible del ser para hacerse lenguaje y otorgar sentido a su existencia. Es decir, asumo la poesía como un camino hacia la interioridad de las fundaciones del espíritu y al definitivo valor inmaterial de la conciencia, a la irradiante oscuridad del amor y la rectificable claridad de la muerte. Acepto la voluntad de esa minoría que reside en mí y que constituye “el desenvolvimiento de una protesta”, aquella que desde la periferia de la felicidad se persona ante mí y cuestiona la inútil solemnidad de los diálogos con la pretensión esclarecedora y de cualquier otra forma de preceptiva. La voluntad de mi cuerpo no siempre coincide con el libre deseo de mi pensamiento, un habla sin efigie que ejerce una tan radical como delicada resistencia a la servidumbre de las representaciones del yo. Me refiero al lenguaje autónomo de la poesía, a la liberación de “la cantidad hechizada” como la llamaría Lezama Lima, de todas las vicisitudes anteriores al ser, lo ancestral configurante de lo humano en la cultura lingüística, una causalidad

incondicionada que remite por igual a la revelación como a un nuevo y perturbador conocimiento. ¿Conocimiento de qué?, se pregunta quien no espera respuesta, conocimiento del lugar obligado en la ensoñación, responde el que sin otra identidad que lo indescifrable es interrogado por la autoridad geocéntrica de los raciocinios de lógica. No quedan huellas en la senda por donde los dioses huidos se alejaron de su confianza en el lenguaje, su propia naturaleza es obra del imaginario, y solo de sus metamorfosis en la aspiración mental de los seres surge la finalidad consoladora de su presencia como un amparo ante la duración y la intemperie, la “pasmosa naturalidad” de su dominio sobre las metáforas de la identidad y del sueño, sobre la transparencia de los misterios y las inmensas extensiones sin resolución crítica de la soledad humana. La poesía reside en su única posibilidad de existencia, en la conciencia tan ambigua como arcana de la percepción subjetiva del espacio y del tiempo, una lejanía hacia atrás en busca del verbo y una proximidad con el resguardo alentador de la promesa, signos desprendidos de la caligrafía solar y cifra futura de las ilusionantes quimeras de los vivientes. Es decir, no sé. Es decir, un testimonio ante la infinitud, una redención prelógica en el no lugar, allá donde solo es posible ascender a lo adivinado, descender al vaticinio, a través del asombro y la constructiva extrañeza de los lenguajes humanos.

No ignoro las razones por las que comencé a escribir, sin duda para guarecerme, pero desconozco, después del fracaso, las razones que me llevan a seguir haciéndolo. Como si se tratara de un encargo que nadie me ha hecho, la actitud de lo que yo entiendo por poesía equivale por entero al sentido único de mi vida, no hay otra casa temporal fuera de ella, no existe más pequeñez en su albergue, ni mayor grandeza en su desamparo, que su presencia en el instante del vivir, su protección, su imprevisible resistencia ante el ser inocente que sitiado por los dioses efímeros, asediado por la vulgaridad de los triunfos, va de camino hacia la conclusión irreconciliable con los espectros, también ilusorios, de la muerte. Hay otra bullente forma de vida oculta bajo el desvalido lenguaje de la poesía, una más noble humildad enfrentada a la época regida por la escatología del dinero como valor único y la pornografía de la violencia como ideario estético, otro hilo con el que tejer los paños religiosamente laicos de una no por remota menos actual poética civil, ese reconciliarse con la vicisitud de la condición humana, de cuanto paradójico hay en su avatar, en las implicaciones éticas que agrietan ya de modo irreversible el verificable desastre, el mausoleo de una literatura concebida como biblioteca de un pecado original, de una culpa sin redención transformativa. Todo es construcción imaginaria, una legislación solar en cada piedra inca, un fuero interno en cada página de Shakespeare donde la lechuza de Atenea es la

hija de un panadero, en cada verso de Whitman que le lavó los pies a Buda después de la incineración, hay una nueva imagen que reedifica sobre la inocente pobreza de lo terrenal la posibilidad de otra humanidad sin término, la piedad de otra luz sobre el fragmento de los silenciados en busca de rostro. Un estar en el saber como forma probable del error frente a las mitologías de lo verdadero, un entender lo incompresible de las prolongaciones del sueño y los interrogantes de la intuición creadora. Esa pudiera ser también la dificultad de que lo no posible solo es realizable en el poema, cuanto aún lo no probable ni inteligible se refracta como reminiscencia de un desobediente saber en la tregua que instauro la vida en lo verosímil de todo poema.

No soy el desvalido categórico, sino una parte del desvalimiento de quienes han pasado la mitad de su vida en la oscuridad, en las afueras de otro cuadro de Chagall, en una aldea de miel y nieve cuya dialéctica es la continuidad de las estrellas y la noche. En mi memoria hay un lugar en el que nunca he estado, como un extranjero que por la senda de la ensoñación avanza hacia un sueño aún pendiente de ser soñado. No he elegido la forma de mis sentimientos, sino el modo de refutar la conformidad de cuanto con ellos yo mismo disiento, el desordenado procedimiento para hacer frente a los dogmas y a la monstruosidad inamovible de los arquetipos, la potestad

que instaure los hábitos del sufrimiento sobre el curso de las criaturas. Me implica el pesar civil y la pena nunca anónima del otro. Mi relación con la poesía es una disposición crítica ante la finalidad de los discursos de orden, la dominación, el sometimiento y la negación de las potencias del espíritu, la supremacía de los autoritarismos sobre la rebeldía del deseo y la imaginación, los más bellos por inarmónicos métodos de conocimiento. Ningún poema aspira a convertirse en una tiniebla culpable, tampoco en funeral morada ni en cripta erigida con los ladrillos retóricos de las pasadas victorias de un mito; un poema acaso debiera negarse a ser cualquier otra cosa que no fuese una sistemática mutación de sentido, un alumbramiento germinativo opuesto a la gravitación de lo muerto y la resignada desactivación elegiaca. No es la astucia de quien baraja el tarot para decañar al destino un instrumento de la lírica, ni es el poema la herrería donde las hechicerías lingüísticas fraguan su errancia por el automatismo acrítico y los dialectos del sentimentalismo embrionario. Un poema no expresa ni combate un supuesto modelo de referencialidad, no desplaza las sobrenaturales fecundaciones de la cosa musicalmente imaginada ni la parodia filosófica, sino que funda el conocimiento de sí mismo, algo que nos aproxima a la nada, a la fluencia de lo que se resiste a ser consumido, a una participación sin finalidad, a su puro ser sin más logro que la cosa impura, hidrógeno y oxígeno en el mismo

huevo donde las aguas se abrazan dentro del agua, donde el aire sin tiempo es epifanía de la palabra y cerebro de otro origen. Hablo a tientas, con los ojos vendados y carente de toda seguridad demostrativa. Hablo acaso de lo que es visto sin ser mirado, de lo que sale al encuentro y aún careciendo de nombre reconocemos como presencia de lo otro, de otro en algo bienaventurado y semejante y aún así secreto. He ahí al encomendado por la historia de las ocultaciones haciéndose aprendizaje de voz, la dicción inestable que es cada poeta, el impalpable heredero de la herida en que se transforma el hibernante en la caverna de las sombras del lenguaje.

Hablo desde la necesidad de entender, ajeno a todo argumento de autoridad, ausente de cualquier certeza consciente acerca de los mecanismos iluminadores de la creación. Soy receptivo a una fluencia que se origina en el seno mismo de la lengua, y que se articula en una decisión en gran medida ajena a lo que ya conozco, exenta de cualquier intencionalidad que no sea la de ser un acompañante indeciso de lo contemporáneo, el eco de una remota dicción moral que se hospeda en el cuerpo hechizado por las desavenencias y conflictos formales de la escritura. Son las sucesivas mutaciones de la evaporada belleza, desde los poetas náhuatl a John Keats, desde la curación del ciervo vulnerado en el otero del idioma descalzo a los montones de azafrán donde los niños de Lorca

machacan pequeñas ardillas. Todas las posibilidades están abiertas, y es el iluminante relámpago del amor que atraviesa el lóbulo de Hölderlin el mismo rayo que carboniza la colmena donde habrá que buscar la aguja perdida, la continuidad del hilo celeste que enhebra el agua que somos. Nada anómalo habita en lo que disiente, su proceder deriva tanto del recurso inteligente como de una revelación desconocida, esa vacilante voluntad que nos impulsa al retorno cíclico al grado cero de la escritura, a la infancia del silencio que sigue habitando los labios de los muertos. Acaso, como escribió Jorge Teillier, *deberíamos decir que ya no nos esperen, / pero hemos cambiado de lenguaje / y nadie podrá comprender a los que oímos / a un desconocido silbar en el bosque*. Oír, oír esa luz, recoger los frutos del árbol hace tiempo talado, hacer posible la sucesión del alma del mundo como parte del proyecto configurante de la naturaleza. Creo poco en las metáforas que solo cambian la realidad de sitio y me resisto a entender el hecho poético como una mera percepción musical del mundo. Atiendo intuitivamente a una tarea de mudanza hacia lo que pudiera ser, aunque no haya de serlo nunca, la mutable dignidad humana enfrentada a los desafíos de la historia, involucrada políticamente en sus hechos, repobladora de significados sobre las calcinadas extensiones del futuro.

Fue el exterminio de la conciencia lo que se perseguía en Auschwitz, es la fosilización de las cenizas de lo mara-

villosa lo que la ominosa época impuso como rechazo a la consciencia portadora de extranjería, al diferente en su pasión de ser, a lo que tripulado por la delicadeza ennoblecía con su sueño las promesas de la tierra. La pregunta no será si es posible escribir poesía después de la Shoá, sino el modo en que deberíamos hacernos cargo de las ruinas del espíritu humano, en cómo desandar hacia delante los caminos teóricos de la poética y los argumentos de filosofía que condujeron, sin impedirlo, al terrorífico fracaso. No es sobre los imperturbables cementerios de la humillación donde las inválidas palabras de los libros muertos han de volver a modular un balbuceo incapaz de resistir al mal, sino en la diferencia individual de las nuevas construcciones críticas donde han de hallar su manifestación las desconocidas formas de la cualidad poética. Alguna otra conducta será exigible al concepto de la hermosura ante el resquebrajamiento de su templo y la advertencia de abismo. Si nada fue ajeno a la brutal experiencia del sufrimiento humano, nada análogo a las vísperas de ese dolor puede ya dejar de incumbirnos como personas de habla. Es la didáctica inaudible de la voz poética la que reclama para sí otro espacio fuera de la marcialidad de los indiferenciados y las escarchas canónicas, otro lugar en la topofilia del afuera, lejano a la adecuación, obsesivamente intruso en cuanto pensamiento aún sea la conjetura capaz de habitar la vastedad como una ausencia deífica, de invocar la salud de las represen-

taciones hurtadas a la piedad y esquivas a la misericordia; la labor de un reconstruir irrefutable más allá de sus inmanentes razones, acaso ya la única tarea que participa de la naturaleza de una condición sagrada, la digna honestidad humana, la consideración del respeto y la honra, la estima de las criaturas para quienes hemos convertido, literalmente, el planeta en un infierno.

Siento temor ante los espectros y la intimidación de sus fórmulas, antes o después siempre déspotas, mas no tengo miedo a lo secreto que se revela en las sustituciones del sentido con las que el poeta contemporáneo desafía la jerarquía de los lenguajes de fuerza, las marcas perdurables que tras los lenguajes de dominio siguen trazando un rastro indubitable hacia lo ominoso. En cualquier circunstancia de la historia la poesía ha esclarecido con su lenguaje de esperanza y utópico optimismo la resistencia frente a la fatalidad y la execración de la infamia. Su perennidad apenas supone un instante en el coro del canto y la salmodia de los hablantes, de los prófugos de la gramática, creyentes o apóstatas enamorados de una lejana extrañeza solar, prófugos del mandamiento, herejes del idioma entre las nieblas de lo disímil y las ya impalpables figuras emblemáticas de cuanto fue la intercesión con lo maravilloso: la caída de las lágrimas de Duchamp, la tumba en el muro del mihrab donde rejuvenece Góngora, los viejos bailarines al borde del abismo de Nicanor

Parra. Aquellos para quien la cabeza de la Tierra deserta por ellos y se hacen uno en el caudal donde desembocan los afluentes de desconocidas aguas, los ángeles que gritan tras las gateras del psicoanálisis, la mujer y sus vértebras arbóreas, y uno también en las constelaciones del alcohol y del heno, en la aún muy joven ancianidad de los argonautas y los hipocondríacos perseguidos por las gallinas del Génesis.

El poeta, apuntaba Cortázar, es una persona, como todo el mundo sabe, desagradable; trataré de no serlo; sí, tal vez, un testigo regañón que no testifica, alguien que no gusta de la palabra hincapié, jugarreta, hojarasca, y que ante las cristalizaciones del enorgullecimiento opone una enfermiza resistencia con la indiscutible verdad que no tiene. No es sabia de esa índole de individuo, sino que desafía al saber, no tiene la prudente insensatez del hechicero ni la elasticidad de un príncipe, no es el cronólogo ni el cronista, tampoco el albacea testamentario de los sortilegios, no ha descubierto ninguna cantidad incógnita, apenas cuenta el deseo de las fugaces y acumula en su cabeza el incumplimiento de las oraciones, mal oficiante y peor profeta, dice: *el que sueña se mezcla con el aire*, y en esa activa soledad no acumula conocimiento sino pérdida y carencias. Por la tierra entreabierta se asoma Artaud a los duros corazones de vinagre: *He estado enfermo toda mi vida y no pido más que continuar estándolo*. Alguien

acaba de entender que la espantosa belleza tampoco es el camino, así que excava donde nunca hubo nada que no hubiese sido ya encontrado, removido por los médicos, desechado por los forenses de la lingüística; alguien como tú que carece de personalidad y se agrava en esa difuminación: queda abolido con cada ridículo elogio, el indisciplinado ortográfico, el desertor del sistema tétrico decimal, apóstata ante la métrica del espiritismo. El puro constructor de errores, el huésped en la errata del odio donde debería decir oído, ese transitorio acento que pone la vida sobre la vida.

Palabras civiles para después del tiempo, según lo enunciado ante el mar de la imaginación por Rafael Pérez Estrada; *un lugar donde no van a parar los cobardes*, en la iluminadora ética de Antonio Gamoneda, dos designaciones excepcionalmente presentes en la fundación estética y emotiva de mi vida, el azar liberador, configurante e intenso de los accidentes de la creatividad, la imaginación, la amante del mundo, *bella como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección*; era el concreto Lautréamont sobre las toneladas de sonetos secos y versos doctrinales del siglo de la oscuridad, la conjura del erotismo en las movientes páginas de la impaciencia, la exterioridad de las revelaciones en reemplazo de la degenerativa fantasía de los sentimentalismos adánicos.

Hablamos de las palabras y de su potencialidad para el asombro en el orbe lingüístico, pero también de su salubridad restauradora de albedrío frente al tedio oclusivo, la banalización discursiva y las ficciones de autoridad del discurso político. Indaga el habla poética un más allá de la contemplación ornamental y la mansedumbre que ha situado la lucha por los derechos civiles a la felicidad fuera de la historia. El tópico de la angustia y la soledad humana, la presencia irradiante de los débiles y los humildes, no son un hecho de naturaleza, sino la consecuencia de un desvío sociológico incrustado, y vorazmente mantenido, en lo que llamamos progreso por las estructuras esclavistas de mercado. Es sostenible que la actividad poética participa a través del lenguaje en los anclajes éticos del idioma, y es defendible que su presencia como amparo en la herencia de los significados pueda ocupar un lugar enérgico y eficiente en la repulsa, allí donde la infestación publicitaria, la demagogia propagandista y la peroración del nuevo fascismo alteran el proyecto semántico, exactamente aquí donde piedad y justicia, trabajo o libertad, lindan en la indiferencia con el sema gramático de sus antónimos. Ha de dar cuenta la poesía de esas erosiones que sobre la superficie del lenguaje remiten a un más profundo deterioro en las raíces del pensamiento humanista. Es hacia la emancipación ética del poema hacia donde quisiera dirigir el sentido de estas palabras que vinculan la poesía con la resistencia al mal, el intento por redefinir

los vínculos y las desavenencias a los que en el seno de la sociedad contemporánea se enfrenta la poesía. No hablo de una responsabilidad civilizadora ni de tarea mesiánica alguna, sino de la actualización crítica de un imperativo categórico: el de la memoria compasiva, el de la pertinencia de cuanto constituye un acto de legítima defensa contra la soberbia obstinación del poder para mentir. Sea cual fuere el futuro de la materia lingüística de la imaginación, la poesía habrá de estar en ese umbral inclinando el fiel hacia el valor enunciador de lo bello y lo justo, lo humano en su abstracción informante, la vivacidad dialéctica de cuanto recuerda y no disocia la vida del irrenunciable paradigma de cuanto discutimos en la teoría de los valores como género del bien.

Aún cuando sabemos que pocas veces la poesía ha servido a la razón práctica, su presencia en la historia de la cultura es trasversal y sistemática en todas las áreas del pensamiento, desde aquella paradójica libertad de pensamiento que acusando de impiedad a Sócrates lo condena a beber cicuta, hasta la pensativa y tolerante primavera en que Marsilio Ficino concilia al arte con lo absoluto, desde la persuasiva lente de Galileo Galilei hasta los ojos de jaguar en los que Murray Gell-Mann intuyó el fluir cuántico de los *quarks*. La poesía, la naturaleza química del lenguaje, es la conciencia primordial del mundo, un razonar sobre la irrealidad de lo real, un *des-conocimiento*

de cuanto ha sido domesticado por el hábito de las convenciones; no elucubra para instrumentalizar en función de un fin pues ella es su propia intención y todo propósito reside en sí misma.

No en algo, sino en toda su plenitud concierne a la poesía el destino del ser humano y la tachadura de su tragedia en los párrafos de la historia civil donde el supremacismo sexista y la xenofobia, aliados con la apología del olvido, se añaden al constructor de la felicidad amnésica, una sociedad de privilegios donde los derechos ciudadanos parecen haber sido sustituidos por las hojas de reclamaciones del cliente. También en la poética y sin que haya espejo, ha de sumarse ese reflejo, el de las modulaciones vocales como una necesaria injerencia en el destino de la humanidad: interferir la mudez moral ante la barbarie, objetar el inane prestigio de la basura, la notabilidad de las extravagancias del trujamán gastrónomo ante la invisibilidad de los crímenes por hambre. Reabre su función la poesía en tiempos de penuria, en la época constante de la ruina y la corrupción despótica que califican cada segmento del tiempo presente. Pensaba Shelley que los poetas eran los legisladores no reconocidos de la humanidad, hoy ya sabemos que no es así, son los grandes sátrapas y los mercaderes del dolor humano, los coleccionistas de escamas litográficas como llamaba Baudelaire al dinero, los únicos regentes del mundo. Acaso le

quede aún a los poetas otra posibilidad, la de convertirse en los intermediadores con lo invisible, quienes tras las incumplidas promesas y la melancolía de las utopías aún pueden volver a poner en pie las palabras, en pie la voluntad que sostiene a los sueños, en pie el diálogo siempre pendiente con el tiempo de la esperanza.

Trabaja la poesía con todas las semejanzas, entre los pliegues de una cultura donde la epifanía gesta lo ausente y lo taumatúrgico las derivaciones del verbo, la voz que enuncia ante el industrioso homicidio el *soy inocente*, el *tengo derechos*, el *no me mates*. Creo en esa tarea que opuesta a las ideologías del infortunio custodia la futuridad de la poesía, un lenguaje que ha sido hecho para ayudar a construir la casa de la verdad y no para destruirla, su escisión de los idiomas normalizados por el serrín jurídico de la retórica. Una poética que vertebra su quehacer en la condición de la persona, en la abolición de su sufrimiento, un trabajo no subordinado a las recompensas, libre, mágico, delirante si así lo desea el éxtasis, corrosivo si así lo quiere su digresión ante la imbécil máscara de las usuras del mundo. Desconozco el modo de hacerlo, pero presiento su anhelante necesidad por hacerse presente en la conciencia de ese conocimiento que de *mí* hay en un *otro* y de las cosas que alrededor de *mí* conforman el experimento crítico de la escritura, la percepción y conocimiento de cuanto hay de averiguador tras el caparazón

semiológico, su significativa espiral hacia lo infinito, su eco ante la incertidumbre y el silencio, el placer de esa experiencia interior que deviene en lo que era para Bataille el desequilibrio, la incondicional identificación con el ser que se pierde.

Es el cuidado y la protectora compañía de sus actos sin fuerza lo que entra en concierto con la analogía de los débiles, con quienes desapercibidos entre la zona himnica del rito y los paramentos sin proyecto de las mitologías moribundas, la que establece parentesco y deuda entre la palabra poética y la necesidad de nombrar los suburbios de la dificultad humana, los desestimados de toda condición, los ausentes, los eclipsados por la turbiedad de los héroes: las víctimas civiles, el expulsado de la figuración crítica del mundo, los refugiados, las víctimas, ellos el huérfano, ellas las viudas como figuras emblemáticas de la expiación. Trata la poética del humanismo de asumir esa custodia, de que se reabran los textos clausurados por la ortodoxia del autoritarismo a la única justicia ya posible, la de recordar su inocencia y dar nombre, frente a la hipocresía ideológica de lo silenciado, al viviente moral que perdura en la subestima exigiendo espacio en la figuración de lo justo. Es el derecho a soñar con otra vida en esta misma vida, la delicadeza del cuerpo verbal del poema enfrentado a la ferocidad sin excepción del poder. Ciertamente estoy pensando en una forma de herejía que tal texto debiera

suponer frente a los preceptos establecidos por la jurisprudencia literaria, una eticidad de la desobediencia, una fascinación por el descubrimiento frente a la atrofia ya no significativa de las caducas cartografías de la costumbre. Una poética en la que no esté presente la individualidad del ser contemporáneo, su deuda plural con el pasado y su coexistente nostalgia de futuro, será una poesía difunta, deshabitada de refracción, inútil como todo delito culposo contra la inteligencia.

No se trata de una tarea de excelencia, sino de la simple sencillez, acaso hasta primitiva, de poner la palabra en el lugar del cuerpo donde lo primigenio obró su curación milagrosa: la de nombrar la necesidad al amparo de los símbolos, la compleja creación de los dioses tan en extremo irradiante durante la noche de las civilizaciones, una espontánea cultura de la sensibilidad que haga del texto un exorcismo contra el estrago, una dicha hospitalaria para la acción política del individuo que interviene en el desafío kantiano de la dignidad: “la humanidad misma es dignidad: porque el hombre no puede ser utilizado únicamente como medio por ningún hombre (ni por otros, ni siquiera por sí mismo), sino siempre a la vez como fin, y en esto consiste precisamente su dignidad (la personalidad) en virtud de la cual se eleva sobre todas las cosas (...)”. Una sinonimia entre humanidad y poema, la palabra personificada en su abstracto de singular epo-

peya, arrastrando las vicisitudes y la inestabilidad de su principal condición: nombrar lo indistinto y lo singular, la numerosidad que se hace presente en cada individuo al conformar la identidad del *ethos* en su dictado mayor: el no matarás.

Como sustancia exclusiva que es del intelecto la poesía está hecha para comprender, pero no para entender de una determinada manera y en ella abismarse, pues su circunstancia trasciende la exigencia significativa de lo temporal. Deviene a veces en aliento órfico del mundo, en religión secreta de los textos ininteligibles, otras lo hace como presencia metafísica, como subrayado de las cosmogonías del espíritu, y ya como escritos de salvación solo descifrados en la muerte, en las obras de tumba y de cárcel, en las inscripciones anónimas y los manuscritos inéditos donde copulan las adolescencias, en las bisagras del ventanuco por donde la cola de la lagartija abandona la cabeza del monstruo, en el etcétera de las cédulas y los tratados de magia, en la partitura orquestal de los timbaleros jurídicos, en las lluvias sobre los evangelios de Mateo Leví, *siego donde no sembré y recojo donde no esparcí*, en la emboscada de lo fortuito, Altamira pintada por Paul Klee, estas mismas palabras que azuzan al blanco caballo de Piero della Francesca y oyen al ruiseñor de Keats que anida en el urinario del dadaísmo... heredades de lo tribal y ulterior, hermosa conjura de las transfiguraciones,

la mandrágora que pilotada por una asnila etrusca llega hasta su contrario y en ello se libera, como Lezama Lima que mastica un cangrejo hasta exhalarlo por la punta de los dedos al tocar un piano, Oscar Wilde con un traje de presidiario a rayas en la prisión victoriosa, la plenitud del perdedor abriendo las puertas a la luz del devenir humano. No el cancerbero con tres cabezas del Hades, sino el guardián invisible de un cuidado que solo al habla debe la temeridad de su naturaleza. Ahí lo délfico y la iletrada sabiduría de sus seres nocturnos por el laberinto sin retorno que conduce al retorno, la palabra en la herencia de Píndaro y Rimbaud, juntos ya en la unánime prolongación metafórica, la somnolienta embriaguez del otoño en la aldea de campanas de Rosalía de Castro, en los elefantes bibliográficos de Marianne Moore, en los versos de Verlaine con los que el mando aliado comunica en clave al movimiento de la Resistencia francesa el desembarco de Normandía, el inicio de la liberación de Europa tras la abominable ocupación del nazismo. Un poeta, pensaba René Char, no debería dejar pruebas sino las huellas que permitieran soñar, esa pluralidad discordante de misterios y enigmas que vinculan la secreta sabiduría de las cosas con la nostalgia de otro destino en las tierras del bien. Huellas de un aura no extinta, ya sea su consoladora presencia como fiesta de la inteligencia, en expresión de Valéry, o suerte revolucionaria en la lucha a favor del pasado oprimido, para expresarlo en un concepto vincu-

lante de Walter Benjamin. Todo se desplaza, cada día el designio echa sus raíces en alguna obligación insuficiente del ángel entendido como fragmento teológico-político de la historia de la creación; y así como cada amanecer el oficio del poeta es otro, y distinta su incumbencia en la que se hace presente la voz de una súbita lejanía, también su diálogo con las indecisiones lo lleva a asumir lo desconocido: *un enano sale del pozo a comer pan por la noche, la gallina de agua que ladra contra los muros de cristal, el potro domado que se ejercita en el veneno...* Palabras que solo un dios láríco convertido en nombre podría entender sin inmolarsse y hacerse evaporación durante el descenso hacia su propia imagen, allí donde *la iguana* –oigamos a Lezama– *interpone su soplo en los consejos del rocío.*

Mestizaje, fugacidad, reaparición fulgurante, metáfora y metamorfosis de la alegoría en absurdidad, acaso lo más análogo a lo racional, una ascensión a lo oscuro, un descenso a la claridad donde solo la poesía da cuenta de lo que de otro modo sería indesciftable. La que está en aquellos que absorbidos por la locura y el hechizo del infinito se aventuran a la concesión sin retorno, el escriba de un armonioso flujo, las nacientes voces en el aprendizaje de ser las abejas en la oquedad sin vacío del mundo, síntesis de todas las paradojas, de los imaginarios levitantes de ese pequeño dios civil que es la persona. Ese es el simbólico espacio que conquista el poema y su azar

concurrente al hacerse materia de discernimiento, algo en proceso, sin cristalización definitiva, sin espacio de fijeza en las ciudades prometidas por el vidente y jamás visitadas por el hechicero, los avisadores del fuego en la emboscada de las quietudes místicas, Santa Teresa piando a Felipe II, la bondad musical del Cristo desnudo de Benvenuto Cellini, el madrepórico Góngora, la línea recta que desde Palas Atenea conduce a los grillos de Mallarmé, esa voz sagrada de la tierra ingenua que donó su temblor a la solitaria vibración de los verbos. Todo lo precioso es revolucionario, todo lo revolucionario constituye tras la realidad visible un desciframiento de la inspiración. La poesía es un hecho revolucionario, una voz insumisa, autónoma del enigma resuelto, entre el interrogante continuo.

Intuyo que entre las movedizas causas que motivan su labor anda también emboscada la causa perdida de la verdad, no su búsqueda filosófica, sino la emancipación de los vínculos que le demandan utilidad; anárquica ante la exigencia teórica de sus variaciones lingüísticas, solo el tema del mundo y el individuo desplaza la substantividad de su incumbencia, la otra lógica inclusiva de las percepciones de la exterioridad y la percepción sin anclajes ni sanciones de valor de su saber no pragmático. De ahí la autonomía del canto, de la oración y del conjuro en la intimidad enigmática, la emotividad del reencuentro con lo humano universal y la empatía con el sufriente. Creo

en esa restitución del sueño pendiente de ser soñado que aporta la poesía al relato humano, en su injerencia y en su cauterio sobre las zonas violentadas por las inquisiciones del poder político, en su mudanza y bello disturbio allí donde lo previsible ya solo puede conducir a la pasiva y rutinaria contemplación de la catástrofe.

Tanto soñé contigo que pierdes tu realidad, escribió Robert Desnos ante el cuerpo simbólico de lo enigmático y de lo misterioso, y es esa pérdida de realidad la que transformada por el gran sueño del lenguaje humano construye la otra realidad perdida, la ausencia como elemento más real en nuestra conciencia que cualquier otro material del simulacro de lo auténtico. Esa es la densificación de sentido que aporta la poesía al mundo, el desafío de su necesidad en los márgenes de la razón, allí donde la espiritualidad liberadora de la condición humana sigue reclamando un más bello lugar para la cimentación de los imaginarios de la promesa. Es ahí, ante el teatro de la muerte donde la *Santa Información* del consumo impone su relato a la vida donde la materia poética –la oscura pobreza donde sigue meditando Tadeusz Kantor– no debiera representar el papel secundario de un apuntador amnésico, el que sin recordar insinúa el texto fijado al protagonista por las derivas cíclicas de la fatalidad y los accidentes políticos de la tragedia; esa voz susurrada, no tan alta que suplante, ni tan baja como para que no sea

percibida por el necesitado durante la representación oral de la vida, de su vida, de cada vida. La poética como el oráculo actualizado de una desconocida transmisión constructora de porvenir, la que abre y clausura en cada época el debate sobre nuestro lugar en la naturaleza del mundo, en el abismo sin fondo del finalismo humano.

Algo definitivamente parece haber muerto bajo los harapos de la vieja retórica y la ingeniería lírica, y entre cuyas cenizas apenas es posible encontrar las huellas por donde el viejo y mezquino Heidegger creyó haber visto alejarse a los dioses. Es un desplazamiento radical el que se ha de proponer tras los *pasajeros errores* de la perdurable catástrofe de la condición humana y su fuga hacia la autodestrucción. Una voz entre las voces de lo múltiple que recupere la función liberadora del habla para las presencias que emergen, vivas en su ideal del anhelo vinculante de lo remoto y lo nuevo, de la memoria de la historia, la irradiante pervivencia de lo que solo aparentemente invisible es la palabra de lo débil y exánime ante los ominosos actos de fuerza. Es la conciencia en busca de rostro la que se persona en la asamblea de voces, es su cuerpo moral el que ocupa el hueco de las desapariciones, el fracturado silencio que tras las inciertas estrategias del progreso viene a desplazar la futura voz antigua de la utopía humana. También ahí, aleatoria, subjetiva, balbuciente e inconsulta, está su fragmento en la travesía sin viaje

de los pobladores del encantamiento, en la equidistancia sin tiempo entre todos los que habitan el imperativo categórico de recordar lo necesario para seguir imaginando la necesidad. Es en la inmensa fosa común de los poemas muertos y la tumba de las grandes palabras, ya sin otro deber que la esperanza, donde aguarda algún tipo de redención la voz sin boca de la poesía, lo que debiera ser su otra posibilidad de compañía hacia el *aún es posible* de la dignidad humana. Esa pudiera también ser hoy la hipótesis de su disposición intelectual ante la dificultad reveladora y el obstáculo significativo, un prevalecer entre las visiones transformadoras del lenguaje, una atenta vigilia ante la conciencia en peligro, el discernimiento ético que oponga belleza y resista con lo justo las deformaciones ideológicas de la barbarie.

Es desde la vastedad del silencio, el tan viejo olor del silencio del que hablaba Czeslaw Milosz, de donde pueda provenir la profundidad dialéctica que construya la casa futura sobre las ruinas simbólicas del paraíso perdido. El poeta que participa de su antecedente y de la lejanía de su intuitiva creatividad, entendida, en el sentido baudeleriano de la imaginación, como la más científica de las facultades humanas. Una poética capaz de abolir las categorías de la duración sin fin y su perpetuidad en el castigo de lo unívoco, los anclajes en la indiferencia, las servidumbres decorativas de su indolencia ante los episo-

dios de la crueldad: ... *como una mano que en el instante de la muerte y del naufragio se levanta al modo de los rayos del sol poniente, como la primera flor del castaño que se eleva como un huevo en la cabeza de los hombres de metal, como todas las acusaciones de los animales maltratados, como un ángel con esqueleto de paloma, como tu primera mentira cuyo indiscreto olor se arrastra por tu memoria...* palabras en la asamblea de voces como un aire ya respirado por otros, una oralidad coral que activa su nostalgia de infinito ante la inmólación de los seres y el colapso de la Tierra. Una poética que se haga cargo de las deudas que solo la ampliación significativa de los horizontes del porvenir podrá consumir la fecundidad del conocimiento y la figuración, la tentativa de nuevos textos de controversia que resurjan bajo la tachadura de las inquisiciones, la melodiosa polifonía de lo humano dinamitando la acentuada sordera del poder, el desacuerdo del sabio y frágil ruiñeñor analfabeto cuyo deseo sigue siendo no morir, los saberes enigmáticos del erizo y las abejas en las invisibles colmenas de Rilke, las recordaciones de la nieve sobre las tumbas sin nombre. El poema cívico, que, sin ejercer ninguna autoridad sobre las demás facultades del ingenio, contribuya desde la transparencia del enigma a dar continuidad a la experiencia imaginaria de la mujer y del hombre, tan en discordia con los roles de lo secular como insubordinados en el instante de su sincrónica extrañeza.

Ese momento ya ha transcurrido, y desde el sótano del inconsciente asciende el hálito del chamán y del mago; la neblina de las ciencias puras de la literatura cubre el dialecto de los desterrados, y los desconocidos hablantes, deportados del país lingüístico donde la gramática no tiene conciencia, regresan al lugar donde lo decente aún tiene valor. Es la minoría de los que han hecho del habla una competencia sin rivalidad, hablantes en el desacuerdo que cuidan del nombre que todavía desean las cosas ante la violencia paroxística de la publicidad y los impositivos idiolectos de género; es la compensación estética de la memoria como mandato de un proyecto originario el que asume la poesía como proyecto moral del habla, una memoria, como afirma Baudrillard, nunca abolida por la estructura del tiempo real, y que ancla en la especificidad de su lenguaje lo que de otro modo el tiempo haría indiscernible o inestablemente interpretable.

De ello hablará algún día el poema futuro, del amparo y la defensa que supuso como hecho de cultura la civilización del libro, la necesidad de lo antagónico como registro de lo complementario, de lo que libre en *mí* aspira a ser reflejo de lo libre en lo mismo de un *otro*, lo nunca suficiente del aprendizaje humano en la dinámica de la libertad. Hablo de un proceder sin ejemplaridad, del derecho a una diferencia sin jerarquía, tal vez esté hablando de cuanto negado al poema por la penuria de los sig-

nificados es ya su única razón superior, la de intensificar el plural e inequívoco sujeto autónomo de cada persona. Lo que seduce es la posibilidad de reabrir lo clausurado, vincular la asimetría de los fragmentos y su problemática utópica, personificar la parábola de las víctimas precipitadas al silencio en un acto de habla, una alta dicción en voz baja, el que dice *ahí dejo estas piedras que no estaban antes en el mundo*, y que, como Jorge Oteiza imaginó, funda un mundo nuevo en cada piedra.

Inequívoco albedrío el del poema que arraiga entre las fisuras verbales de la conciencia, sin módulo ni otra proporción que no sea la posibilidad difícil, la resistencia a ser absorbido por el figurín normativo de lo pronosticable. La poesía como discurso de lo imprevisible articula la sucesión de una interminable desobediencia ante la adaptación hegemónica; siempre inaugural, sorpresiva ante la atrofia y las manías del uso, autónoma y deliberante frente al obstruccionismo caduco de las rutinas rítmicas. Música sí, pero melodía más próxima a la euritmia interiorizada de los secretos mundanos que a las preceptivas gramaticales de la cadencia, palabras en éxodo, huidas del almacenaje morfológico y la crepuscular estatuaría de las formas hechas. En cualquier circunstancia su intruso alfabeto asiste a las designaciones del arúspice condenado a enamorarse de las entrañas del remoto animal que examina. Esa simpatía con lo enigmático de

la felicidad, esa codicia sin ganancia de lo aprehendido entre la ideación de lo íntimo y su correspondencia con las neurosis sociológicas de la exterioridad, es cuanto se transforma en voluntariedad de un razonamiento ético, en el ámbito de conducta de su enunciación estética. Es la vida la que contra toda expectativa de lo que concluye se prolonga en el poema, la prórroga de lo impronunciable la que posibilita en él la alteridad integradora de los sentidos de lo múltiple. No es el sujeto imaginario del poeta quien se inmola en él, sino lo que en él se absuelve del ilusorio error y en su incómoda aparición destruye las cartografías de lo acotado y los relatos circunscritos a la historia. Vida en ausencia del pájaro solitario, errante hacia la orilla invisible, el canto del discernimiento de quien ve en lo oculto y en esa extensión excava. Ahí *el reino de lo terrible*, ahí la reiteración en el aprendizaje de la muerte, la emotividad semiótica de lo caótico y cuanta nostalgia previa a la agonía de lo maravilloso es el lugar transformativo de la memoria natal, su circunstancia en la ciudadanía del árbol ante el paisaje humano. *Poema en búsqueda* entre los palimpsestos y los documentos de humanidad y de barbarie, los tratados del naturalista, los títulos de legitimación de la brutalidad, los planisferios astronómicos, las erosiones del racionalismo y la jurisprudencia de la vileza sobre el porvenir humano, la dramaturgia de lo maravilloso y el tacto musical del azar sobre la maleza de los mitos, cuanto tras la albañilería de

las supersticiones es la incompetencia de lo dogmático para resolver los interrogantes, el poema que restituya, el poema que desafíe la amnesia de lo hurtado al absoluto universal de la condición humana y se incorpore, ante el imperio del abuso, a la estimación por la heredad colectiva del planeta.

No creo posible una poesía sin ideas, razón fundacional de las palabras. Su analogía es la condición humana, su afinidad la naturaleza especular del ser y las representaciones imaginarias con las que el individuo y la identidad colectiva se protegen del sideral vacío, buscan amparo con las invenciones del intelecto ante el concepto de la nada que prefigura la omnisciente melancolía de las civilizaciones. No he sabido contarlos de otro modo, estas huellas han sido recogidas en los orfanatos, entre las ruinas de lo sufriente, entre las astillas del árbol de los antepasados cuya dignidad ya solo silba desde el cielo, entre los fragmentos de cuanto fue algún día el juramento de igualdad y la empatía con el solitario y la multitud humana, allí donde *si cierro los ojos oigo al lejano gallo del carpintero y al abrirlos a un perro que se sacude la harina.*

Creo en la contingencia libertadora de la poesía, en su capacidad transformativa de la conciencia de las sociedades, en ese algo que su indeterminado benéfico implica al hablante en el proyecto sin propósito de la repobla-

ción espiritual del mundo. Creo en esa socialización de la felicidad, en la verdad giratoria de cuanto hay de amor bajo los párpados vivientes de San Juan de la Cruz y en la anciana desnudez de Whitman, creo en su argumentación abstracta y en el ininteligible recado de las fugaces sobre la noche terrena. Pienso en la catarsis consoladora de cuanto significa la interpretación de un sueño y en la aldea moral de los que ya solo viven en el aire, pienso en la vergüenza histórica de los crímenes civiles, en la repugnante abyección de los totalitarismos, y pienso también en la criminalidad económica, pienso en los que están solos y en los que a pesar de débiles aún sostienen con fuerza la idea, hecha con palabras, de que algún día las estrellas serán para quien las trabaja.

Juan Carlos Mestre

SELECCIÓN DE POEMAS

POEMA UNO

le dije las sillas se hacen insoportables cuando están vacías sobre todo me dijo después de los entierros sobre todo después de los casamientos cuando se van los invitados tienes razón le dije un martillo es un hermetismo en mangas de camisa que entra en la sala de lectura dando voces dispuesto a abrir lo que sea no es para tanto dijo él ningún libro abre lo suficiente la boca como para enredarse en una investigación policial no te creas le dije yo se han dado casos en francia y al sur de la polonia ocupada ya pero no aquí dijo él donde la cobardía y las gabardinas abarrotan los percheros en cuanto caen dos gotas

los poemas dijo él se han convertido en escaparates de los almacenes de moda yo hice una mueca él me miró como quien no quiere la cosa pero pretende decir te he atrapado mangante creías que bastaba con quitarte la camisa de fuerza e irte a robar gallinas entre los escombros del público no le dije ni se me hubiera ocurrido las lágrimas me han vuelto mediocre y el prestigio de los textos dramáticos han desencajado la burla de los autómatas obligados a trabajar en el elenco de los asuntos humanos

bueno me dijo él los sacos están ahí empieza a transportarlos cuando quieras no sé si podré le dije me respondió eso es asunto tuyo ya pero cómo voy a poder hacerlo yo solo a mí no me vengas con esas me respondió huraño qué iba a decirle no me tocaba más que callar el camino a la infancia era largo y cuanto antes empezara mejor pensé para mis adentros ya la doctrina del academicismo había hecho en mí estragos mentales y las monjas embarazadas con la información divina me ofrecían un puesto en su fábrica

me dijo las conveniencias están reñidas con lo buenamente así que allá tú no entiendo lo que quieres decirme no te lo voy a repetir para un actor fracasar es terminar en el carronato de un circo junto a la jaula de cebras en el mejor de los casos ahora me entiendes no del todo le dije me siento un apóstata atravesando un paisaje de sillas vacías comienza cuando quieras dijo él bueno dije yo en el circo no importa tanto el maquillaje exagerado haz lo que quieras me respondió careces de sentido común y amor propio eso es verdad respondí

EL ADEPTO

Erguida estás, señal.
José Miguel Ullán

He leído durante toda la noche el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico de la Mirándola, de él se deduce que el 14 de mayo de 1486 no existe, que la primavera y la juventud son hijas de Marsilio Ficino, que la belleza es por derecho mitológico esposa del trípode y el camaleón.

Acepto haber leído el destino en un vaso de agua seis mil años antes de la muerte de Platón, acepto haber alimentado un animal de uñas curvas, acepto la influencia de los magos persas.
No tengo hijos, ¿acaso he cometido un crimen?
Tampoco tengo energías para la épica.
Confieso adorar descalzo el triángulo de la piedad que otros llaman cubo de Zoroastro, confieso mi creencia en la teología del número 7 y la gestación de los donantes de calor, confieso mi fe en Timeo de Locros astrónomo de lo diverso.

He leído durante toda la noche el árbol de la conjetura, de sus frutos he traído a mi casa la escalera circular junto a la que Jacob tuvo un sueño y el testimonio sobre la naturaleza celeste de todas las piedras.
Asumo haber prestado atención a lo que impide, asumo la visitación del pródigo y la música de las esferas, asumo no haber dejado escrito nada que no me haya sucedido en el futuro.

He leído durante toda la noche el *Discurso sobre la dignidad del hombre*,
de él se deduce la aritmética del mar y la Ley bajo la corteza de la encina,
de él se deduce el río de la ciencia y la golondrina de los caldeos,
de él se deduce la inexistencia de la muerte y la fecundidad de lo discutible.

ELOGIO DE LA PALABRA

Esta palabra no ha sido pronunciada contra los dioses, esta palabra y la sombra de esta palabra han sido pronunciadas ante el vacío, para una multitud que no existe.

Cuando la muerte acabe, la raíz de esta palabra y la hoja de esta palabra arderán en un bosque que otro fuego consume.

Lo que fue amado como cuerpo, lo escrito en la docilidad del árbol único, será consolación en un paisaje lejano.

Como la inmóvil mirada del pájaro ante la ballesta, así la palabra y la sombra de esa palabra aguardan su permanencia más allá de la revelación de la muerte.

Sólo el aire, únicamente lo que del aire al aire mismo transmitimos como testamento de lo nombrado, permanecerá de nosotros.

La luz, la materia de esta palabra y el ruido de la sombra de esta palabra.

LA CASA ROJA

Alguien anda diciendo que en las afueras de la ciudad hay una casa roja. Una casa donde los cardenales negros sacrifican papagayos a la voz del diluvio. El diluvio tiene las barbas blancas como el sauce de la jurisprudencia un domingo de bodas. Los predicadores aman la tempestad y golpean con sus Biblias de nácar la erección de los guardiamarinas. Las familias beben alcohol, se santiguan, recolectan insectos. El niño de la lámina se masturba plácidamente con la transparencia. La rosa de Jericó huele a vainilla. Alguien anda diciendo que en las afueras de la ciudad hay una casa roja. Una casa cuya ilusión está llena de peces, el pez de San Pedro, la conciencia del delfín encerrada en el aro de la bahía desierta. Lorenzo de Médicis tenía una casa roja, las maniqués de Bizancio tenían una casa roja. Mi corazón es una casa roja con escamas de vidrio, mi corazón es la caseta de los bañistas cuya eternidad es breve como columna de lágrimas. El minotauro hace rodar sus ojos por el acantilado de las estrellas, la herida del anochecer hace su nido en la arena. Yo hablo con alas, yo hablo con lava de lo ardido y humo de diamante. La geometría bebe veneno, en el canto de los pájaros suena la armonía del baile de los muertos. En la casa roja hay una mesa blanca, en la mesa blanca hay una caja de plata con la nada del sábado. La intemperie gime contra los muros, la tristeza gime contra los mármoles. El profeta tuvo una casa de papiro a la orilla del lago, la muchacha del ghetto vivió en la casa de las preguntas. Mi mano izquierda luce un anillo de agua, en el camafeo de la supersticiosa brilla el mercurio de la temperatura. Lo que canto es lumbré, caballos lo que canto contra la aritmética y los números. Alguien anda diciendo que en las afueras de la ciudad hay una casa roja, una casa bajo el índice del cielo y el negro nenúfar de la amante devota. El muchacho con ojos de ebonita ama la enfermedad y el rubí de los reyes. Las mujeres hermosas sueñan con acuarelas, sueñan con garzas y volúmenes y súbitos prodigios sobre las alfombras de lana. Yo vivo extraviado entre dos rosas de sangre, la que tiñe la calamidad de

impaciente belleza, la que tiñe la aurora con su astro eucarístico. Mi voluntad tiene la cólera del orfebre, mi capricho tiene el óxido de tu frente de hierro. Nadie cruza los bosques malignos, nadie sobre la yerba de la muerte escucha el desconsolado discurso de las ceremonias asiduas. Yo veo el arco iris, yo veo la patria de los músicos y el olivo de los evangelios. Mi casa es una casa roja bajo la fibra de un rayo, mi casa es la visión y la beldad de una isla. Aquí cabe la gala del mandarín y la escrupulosa usura de las edades antiguas. Esta casa mira al norte hacia las lagunas de helechos, esta casa mira al sudeste azotada por el aliento de los que piden limosna.

TODOS LOS LIBROS LLENOS DE PALABRAS

Y todos los libros llenos de palabras
y todos los calendarios llenos de días
y todos los ojos llenos de lágrimas
y llena de nubes la cabeza de todos los mares
y llenos de coronas y puntapiés todos los relojes de arena
y de jirafas molidas todos los pechos condecorados
y todas las manos llenas de verano y caracoles marinos
y todos los dormitorios llenos de manojos de explicaciones
y de pantalones disecados las sillas en todos los prostíbulos
y todos los huecos llenos de público
y todas las camas llenas de electrocutados
y todos los animales llenos de espíritu y pánico
y de feroces gritos los árboles en todos los aserraderos
y todos los tribunales llenos de testimonios
y todos los sueños llenos de sacacorchos
y llenas de chicas todas las estrellas
y todos los libros llenos de palabras
y todos los calendarios llenos de días
y todos los ojos llenos de lágrimas
y todas las peceras y todos los pupitres y todas las cenas íntimas
y todos los razonamientos llenos de indudables edificios
y toda la primavera llena de moscas y crisantemos
y llenas todas las iglesias y todos los calcetines y todas las peluquerías
y todas las mujeres llenas de gloria
y llenos también de gloria todos los hombres
y todas las perreras llenas de ángeles

y todas las llaves llenas de puertas
y todos los bazares llenos de ratones
y llenos de barrenderos todos los cuadros
y llenas de estiércol todas las escobas de la patria
y todas las cabezas llenas de radiografías e intrínquilis
y llenas de luz todas las subestaciones eléctricas
y llenos de amor todos los manicomios
y todos los cementerios llenos de salvavidas

HISTORIA SECRETA DE LA POESÍA

Al octavo día los poetas despreciaron la serpiente, Ilhan Berk añadió entonces una torre al Mar de Galilea, el ciervo fue al mercado, la luz afiló su noticia en las columnas. El viento todavía no inclinaba el humo, no había moscas en el matadero. Al día siguiente el cuello de las floristas se alargó hasta el primer centenario, la tierra se desnudó, Ilhan pensó en todas las cosas que no había hecho.

Era el séptimo día, es decir, un huevo de alondra. Ilhan se avergonzaba ante su saber porque no llovía y la rama de olivo ya había sido cortada. Entonces llevó a sus hijos al cine, fue al taller del zapatero, compró panecillos. Cayó la noche como una pelota de goma en el patio de al lado. Ilhan la recogió y la puso en la puerta del sexto día para que jugaran Ivy, Leila y Ahmet.

Así fue, llegó el quinto día preguntando dónde vendían pescado, la hija del afilador fue en bicicleta a llevarle pan a su erizo, las rosas salieron del aburrimiento, el amarillo eligió su oficio.

Deprisa se hizo la noche cuarta, salieron los rebaños sobre las chimeneas, la luna pacía con las gacelas y los membrillos olían como los bazares. Ilhan hizo café de higo, pensó en una llave y se acostó.

Al tercer día se oyó decir que alguien había inventado una silla, Ilhan miró al sol, se acordó del desierto y le envió una carta. Le había crecido la barba como un jardín y fue a dar una vuelta por Estambul.

Era ya la víspera del primer día cuando una mujer preguntó la hora en qué habría de nacer su hijo. Tenía la cara pálida como las manos de las lavanderas. Eso quiere decir que alguien podía hervir agua y regar los geranios al levantarse, también ir a una isla y regresar. Ya casi era hoy.

Las gallinas cantaban, sus patas eran azules como la historia de un viaje contado en la cantina. *“Puede oírse el cielo”*, dijo.

Al día siguiente Ilhan se puso una camisa blanca y descansó.

ANTEPASADOS

¿Dónde comienza mi memoria?

Amos Oz

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
al hambre le llamaron muralla del hambre,
a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es extraño a la pobreza.
Poco es lo que puede hacer un hombre con el pensamiento del hambre,
apenas dibujar un pez en el polvo de los caminos,
apenas atravesar el mar en una cruz de palo.

Mis antepasados cruzaron el mar sobre una cruz de palo,
pero no pidieron audiencia,
así que vagaron por los legajos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas.

Y llegaron a los arenales,
en los arenales la tierra es brillante como escamas de pez,
la vida en los arenales sólo tiene largos días de lluvia y luego largos días de viento.

Poco es lo que puede hacer un hombre que sólo ha tenido en la vida estas cosas,
apenas quedarse dormido recostado en el pensamiento del hambre
mientras oye la conversación de los gorriones en el granero,
apenas sembrar leña de flor en la sábana de los huertos,

andar descalzo sobre la tierra brillante
y no enterrar en ella a sus hijos.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
atravesaron el mar sobre una cruz de palo.
Entonces pusieron nombre al hambre para que el amo del hambre
se llamara dueño de la casa del hambre
y vagaron por los caminos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas.

Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la piedad,
comer pan mojado los días de lluvia a los que luego seguirán largos días de viento
y hablar de la necesidad,
hablar de la necesidad como se habla en las aldeas
de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado en un pañuelo.

EL ANZUELO DE LA LIBÉLULA

Me has inventado.

Anna Ajmátova

Starki, 18 de agosto de 1956

Yo tenía una libélula en el corazón como otros tienen una patria
a la que adulan con la semilla de los ojos. Verdaderamente
las especies de la verdad son cosas difíciles de creer,
extraños seres petrificados en la ternura como benignos nódulos
en la perfección de los huesos. En aquel tiempo
yo tenía el sueño de una libélula entre los juncos de la razón.
Cansadas como paraguas cerrados recogía las maderas auditivas
de un mar inexistente y con ellas construía algo parecido a una casa.
En aquellos días algo parecido a una casa eran las conversaciones,
palabras relacionadas con la pestaña premonitoria, gatos en los cerezos.
Yo desconocía los vínculos y toda oscuridad era para mí un obsequio,
un rumor de la eternidad que se prestaba como cuerpo desnudo a mi mano.
No era la boca del amor la que respiraba ese óxido, sino la imaginación
del amor como un sastre con pantalones verdes el día de la felicidad.
Verdaderamente las especies de la verdad son cosas difíciles de creer,
la ilusión del hombre es una luz que llega desde lo desconocido
mas no es él el dueño de esa invención sino el ruido de un rumor prestado,
la cámara del que guarda su placer en ella.
Yo tenía la costura de una libélula en el corazón
pero las hojas cerebrales hacían crecer mis manos hacia dentro
en busca de una palanca con la que desalojar la piedra del miedo.

Sin esfuerzo comencé a llorar al revés, a confundir los sentidos
que guían la gota gramática hacia una lengua extranjera.
Antes que me tomaran por un extraño ya que yo no era el dueño de esa invención
me alejé del optimismo de ser entendido por más de dos
y comencé a oír mis propias palabras como martillazos retumbando en un espacio
vacío.
Era como si el tiempo hubiera dejado de durar,
era como si todas las obras imaginadas por un ciego se derritiesen al tacto,
como si la langosta hubiera descendido sobre los campos del espíritu.
Yo sólo tenía una libélula en el corazón como otros son hermanos del vértigo
y llevan la aorta de las constelaciones acogida en sus sienes.
Está bien, las especies de la verdad son cosas difíciles de creer,
es probable que la invisibilidad y estos hechos
sólo guarden relación con una libélula.

SALMO DE LOS BIENAVENTURADOS

Ávida vena, dame tu cordel.

Antonio Gamoneda

Bienaventurado el que a los cuarenta años aún no ha conocido la recompensa y llama virtud al cordón de un zapato, el hombre sin convicción que tumbado en la hierba pasa el día durmiendo y discute sobre el esfuerzo con los saltamontes.

Bienaventurado el que soporta el préstamo de la verdad, el excavado en piedra y el que construido en paja es alternativamente señor de la nada y rey de un solo vasallo.

Bienaventurado tú que sin llamarte Juan no eres otro que Juan el explícito, el padre del aire cuyos hijos heredarán los molinillos de viento.

Bienaventurado el que ha pasado la noche con la insignificancia, porque embellecido por la privación será de él alguna vez la ausencia, el que es vecino de dos bocas, el de la voz menuda al que le falta un diente, el hombre sin pretexto que tuvo un asno, una boina, un chivo.

Bienaventurado el que ante el argumento de la pólvora tuerce su hocico de linterna y habla alto, el que paga su aullido con la vida, el que en un instante es articulación de lobo y árbol de rodillas.

Bienaventurado el pájaro cuyo canto despierta el corazón de una madre en las ramas de la tristeza.

Bienaventurado el manco y su violín de oxígeno, la abeja del azúcar que liba la corteza de los licores blancos.

Bienaventurado el viajero que vaga en lo concéntrico y traduce el límite, la fertilidad del sacrificio, la teología de las medallas de la luna.

Bienaventurado el que emigra al borde de su amor, porque de él será la extraña fruta del animal del sábado.

Bienaventurado el esqueleto de Rimbaud y su pájaro influyente, único héroe en el festín del cráneo.

Bienaventurado el que ante la alusión de los espejos se vuelve pensativo y amablemente azul sus lágrimas ignora.

Bienaventurado lo inmortal del muerto, la excusa del sombrero y su balido, el repentinamente desahuciado en el paladar de tablas de la muerte.

Bienaventurada la golondrina de madera que le late al niño antes de conocer el sexo.

Bienaventurado el aire de la soledad del péndulo, el manso bajo el sol y la virtud del ciego, la esponja que da de cantar su lluvia a la garganta.

Bienaventurado el que apoyado en su bastón está toda la noche ahí y es piedra de la luz, piedra de la edad, los dos ojos del pájaro en el collar del cero.

Bienaventurado el astro que ignora su caballo y ha cerrado el párpado, la agria lepra que arde en las arterias, la sal del paraíso.

Bienaventurado el que condensa lutos negros, porque de él será la última sogá del relámpago, el primer peldaño en la escalera del descendimiento.

CAVALO MORTO

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un poema de Lèdo Ivo es una luciérnaga que busca una moneda perdida. Cada moneda perdida es una golondrina de espaldas, posada sobre la luz de un pararrayos. Dentro de un pararrayos hay un bullicio de abejas prehistóricas alrededor de una sandía. En Cavalo Morto las sandías son mujeres semidormidas que tienen en medio del corazón el ruido de un manojito de llaves.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Lèdo Ivo es un hombre viejo que vive en Brasil y sale en las antologías con cara de loco. En Cavalo Morto los locos tienen alas de mosca y vuelven a guardar en su caja las cerillas quemadas como si fuesen palabras rozadas por el resplandor de otro mundo. Otro mundo es el fondo de un vaso, un lugar donde lo recto tiene forma de herradura y hay una sola calle forrada con tela de gabardina.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo es un río que madruga para ir a fabricar el agua de las lágrimas, pequeñas mentiras de lluvia heridas por una púa de acacia. En Cavalo Morto los aviones atan con cintas de vapor el cielo como si las nubes fuesen un regalo de Navidad y los felices y los infelices suben directamente a los hipódromos eternos por la escalerilla del anillador de gaviotas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un poema de Lèdo Ivo es el amante de un reloj de sol que abandona de puntillas los hostales de la mañana siguiente. La mañana siguiente es lo que iban a decirse aquellos que nunca llegaron a encontrarse, los que aun así se amaron y salen del

brazo con la brisa del anochecer a celebrar el cumpleaños de los árboles y escriben partituras para el timbre de las bicicletas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Lèdo Ivo es una escuela llena de pinzones y un timonel que canta en el platillo de leche. Lèdo Ivo es un enfermero que venda las olas y enciende con su beso las bombillas de los barcos. En Cavalo Morto todas las cosas perfectas pertenecen a otro, como pertenece la tuerca de las estrellas marinas al saqueador de las cabezas sonámbulas y el cartero de las rosas del domingo a la coronita de luz de las empleadas domésticas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

En Cavalo Morto cuando muere un caballo se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere un evangelista se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere Lèdo Ivo llaman al sastre de las mariposas para que lo resucite. Háganme caso, los recuerdos hermosos son fugaces como las ardillas, cada amor que termina es un cementerio de abrazos y Cavalo Morto es un lugar que no existe.

LOS REFUGIADOS

Como si nadie oyese en la cripta del corazón las espinas del pájaro de la barbarie, nadie es nadie. Nadie el senador de los tirantes elásticos. Usted es nadie, sombrero de las recepciones, y vos pamelita de la medusa, vuesa esquivita merced arrinconada en el trato con otra clase de nada. Nadie en la multiplicación son hoy los felices, y nadie el giróvago antilope que danza en los subterráneos. Yo soy nadie. Tú, el vocalista en la boca moderna de nadie. Y tú, poesía, oca viuda de los quitasoles, linterna de los espías tras la limusina de los ataúdes.

A qué viene eso de la mancha de los espíritus, a cuento de qué decir ahora que tras esta compuerta aúllan en las bandejas los ojos del refugiado. Dicho así el placer y los cubitos de hielo son corrupción en los recintos de música, fechas acuñadas en plata sobre los capítulos de la fatalidad.

Algún día lo que ahora escribo será inteligible. Algún día, en el perímetro de las cosas sabidas, la época de los sufrimientos que hicieron visible el mercado de las heridas será entendida como edad de una sábana rota, órbita de nuestra desnudez recubierta de insectos como lengua del gran pez moribundo.

Cuando nadie sea ya nadie en la dentadura fósil del universo, y nadie, es decir, nosotros, los rumiantes en el dolor de los sobrevivientes, hayamos arrancado de raíz la palabra destino para referirnos a la compasión, hayamos enterrado los cargamentos de misericordia y las heces de hiena, hayamos aceptado la infamia como conducta de época.

Cuando nadie sea ya nadie y no haya huellas de nadie ni frutos de nadie en los mercados del pensamiento, esto se olvidará, esto también ha de ser olvidado por

el magnetófono aéreo de lo que oscila en el cosmos, y la podredumbre de nuestro silencio y la bisutería de los diplomáticos alrededor de las fosas comunes.

Nadie es nadie, escritura de las elocuentes cifras que suman dolor al oprobio, cinta azul de los legajos de la minuciosidad. Nadie es nadie bajo la lente de los archiveros. Nadie con su puñado de tierra, el oferente y el lúcido, el préstamo de jerarca invisible en nosotros, huyendo en el taxi de la conciencia de las columnas de humo.

Para qué sirves entonces poesía de las hojas incendiadas por las pavesas de la justicia, vieja poesía de los herbolarios, mostaza de los cónsules que predicaron el amanecer. Hacia dónde, hacia quién, venerable Whitman, junto al apacible río de los pensamientos sagrados sumerge la mujer su criatura en el agua antes de la incineración.

Como si nadie oyese las espinas del pájaro de la barbarie, parece ser que aquí nadie es nadie. Nadie el silencio y su caldero de cal sobre los desaparecidos. Codicia, eso dice aquí la palabra codicia.

ENIGMA

Entró la cabeza sedienta en la casa de las putas, allí estaba Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Estaba Rimbaud, carcomido como una canoa y con la lengua blanca
Nada le dije, qué cosa deshilachada le hubiera dicho yo a Rimbaud
La verdad, pude haberme hecho pasar por ti, pero no lo hice
Pude hacerme pasar por él, te juro, me alcanzaba el talento
Discreto, en un rinconcito, estaba el bicho de Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
No demasiado guapo, dispuesto, eso sí, a ponerse violento
Era como un santo enfermo estorbando en medio del altar
Como amante no creo que hubiera dado más juego que una monja
Ceroso, con las uñas sucias y oliendo como una lata de petróleo
Rimbaud en persona espantando las moscas de la rosa podrida
No tuve valor de pasarle el libro que acababa de presentar a un concurso
Lo noté atemorizado con los turistas y con los hombres que nacen viejos
No sé qué hacía toda esa gente lúgubre observando a Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Yo había perdido a mi amor y buscaba a la bella durmiente
Yo le rehusé la mirada no fuera a ser que me lanzase el machete
Con los ojos cerrados Rimbaud podía dar en el blanco a cinco kilómetros
Con los ojos abiertos te metía su espada de palo hasta la empuñadura
Yo era hijo de un padre alcohólico y de madre desconocida
Me sudaban las manos al verlo rodeado de delincuentes y saltimbanquis
No me atreví a pedirle un prólogo para el libro con el que acababa de perder un concurso
Respiraba fatigosamente como una cama arrugada tras las persianas bajadas
Estaba sentado cerca del espejo donde las chicas amables se retocan los pómulos
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Callar es bueno, pero una sola palabra suya bastó para enfermarme

EL POETA

Para Rafael Pérez Estrada

Recorrimos los suburbios,
anduvimos juntos entre la maleza,
dormimos en los cobertizos.

El poeta barba de maíz roedor de los sembrados,
el poeta bobina sin hilo de las cometas.
El que bajo los párpados de lino del verano
es la voz ronca del vendedor ambulante,
la mirada del viento que seca la tierra mojada.

Lo que el poeta dice,
lo que dice el poeta a la adivina,
al solitario de boina gris,
al que oye sus palabras como relato de un robo.

El poeta vidrio de los cuatro colores de la atmósfera,
el poeta oscuro llave de las alacenas.
El que está sentado a la diestra del padre
junto al jugador de baraja que lee la fortuna,
el que le dice a la muerte, oye muerte,
y se acuesta con ella.

Lo que dice el poeta,
lo que el poeta dice
al que se creyó dueño de algo,
propietario del reflejo de algo,
amo de la discordia de algo.

El que deambula de noche por los cercados,
el poeta amigo de las hormigas
que construye una casa de harina.
El que guarda en su artesa cuero de tambor
y pan nublado del sábado.

El poeta cera amarilla de las iglesias
que baila con el agua de las pecadoras,
el poeta barco de papel
que duerme con la muchacha sin labios.

Sus manos escriben el rótulo de las mercerías,
saludan en la iglesia al dueño del alambique.
El que se llama Niebla, Pelirrojo Crepúsculo,
el que no sabe a quién besarán ahora los ojos de Triste Boca de Nuez,
el que silba como el pájaro de las colinas,
el hijo del panadero que conversa con el martín pescador.

Lo que el poeta dice,
lo que dice el poeta a la muchacha con calcetines blancos
y pequeños ojos de colibrí.
El viejo pastor comensal del otoño,

el poeta ruido de las semillas, carpintero del Arca de los animales.
El delirante bajo el filamento de las bombillas
para el que aún tiene sentido seguir dándole vueltas.
El que vive en la patria de una mujer desnuda,
el hijo de la locura que llora médula de caballos
sumergido en el humo de su choza de adobe.

El que vino a barnizar con leche la jaula de los cantos,
aquel cuya cabeza ha rodado como una peonza
por la tarima de los burdeles
y ha recorrido todos los templos
pidiéndole favores al crucificado.
El consentido por el vínculo de las zurcidoras,
el que padece una enfermedad inmortal
y levita en los parques tumbado de espaldas.

El poeta que cruza en ambulancia los campos de girasoles,
el poeta ángel de los pesebres,
brizna de los acantilados.
El poeta reloj de lluvia de las epidemias,
vapor de los harapos hervidos contra la peste.
El que ha hipotecado la hacienda de varias generaciones
y ahora es el ánimo de un bolchevique embriagado de vodka.

El patriarca que abrió una tienda de ultramarinos
y compra por cuatro centavos un ramito de sífilis,
el que conoce el comercio de especias y el tráfico de resinas,
el compadre de los anarquistas

con su escarabajo negro ante el eclipse de mar.
El que rodeado de profecías y pájaros
vive en las manos de una arpista,
el que tiene dedos de trébol y cerillas,
aquel cuyas cenizas alimentarán las carpas de los estanques.

Recorrimos los suburbios,
anduvimos juntos entre la maleza,
dormimos en los cobertizos.

Lo que el poeta dice,
lo que dice el poeta a la adivina,
al bisabuelo judío que dormía en la comuna
y aún vaga con su barba blanca por ahí
proclamando su consigna a las abejas:
Las estrellas para quien las trabaja.

LA MEDIDA

En Jerusalén todo se regula según el ramaje, el ganado vivo según una viña de cuatro años, las cáscaras de nuez según una jarra de vino. En Jerusalén un ciervo ha de ser enterrado con su piel y un cesto de uvas puede ser llamado día festivo. En Jerusalén los frutos son conocidos por su causa, así el luto anda del brazo con el centeno y el pan con levadura va a la escuela con la avena nacida del Sacerdote de la Montaña. Lo que está agarrado es libre, lo que no está sujeto también es libre como la aguja de un tejedor. En Jerusalén los escribas hablan con las nueces de Pérej y las granadas de Badán, y los que llevan una piedra sobre la espalda llevan su piedra sobre la espalda. En Jerusalén las mujeres se parecen a sus palabras. En Jerusalén, ya sea hoy ya fuese ayer, el que trae sal la trae también para ti.

REMITIDO A SCHRÖDINGER

Era un día de primavera como en la página 127 de los Cantos de Maldoror, los pájaros derramaban sus melodías de trinos, y los humanos, entregados a sus diversas ocupaciones, se bañaban en la santidad de la fatiga. Era un día sin apenas testigos, cuatro hocicos de cerdo por aquí, algún ramillete de sabrosas muchachas que no dejan de preguntar qué es la vida a la orilla de la ciénaga donde brotan los narcisos salvajes. En la estación desierta los partidarios de la Cuarta Internacional esperaban órdenes del hombre de la barba negra. Yo ya había clausurado mi corazón a los modismos y puesto una placa en la puerta en la que podía leerse: Soy zurdo, empuje las nubes con cuidado.

Llevo toda la noche preguntándome por qué son tan pequeños los átomos, en comparación, por ejemplo, con la frase más breve de Goethe. Una trivialidad si a continuación no viniera la frase: Das Sein ist ewig, algo así como que el ser es eterno. ¡Como para no desvelarse! Necesariamente la luz ha de tener una velocidad menor a la de la inteligencia, de lo contrario el músico callejero ya se habría convertido en el ángel que mastica a la mujer del gramófono. Quiero decir que incluso el destino químico afecta a la poesía de manera violenta, un azar que aparece entre los volúmenes y las mascarillas mortuorias como una no necesariamente bella muchacha desnuda.

Ya está bien de pamplinas con la atracción universal de los cuerpos ideológicamente bellos, la poesía está hecha de pulsaciones eléctricas y precedentes en desorden, huellas contagiadas por el cero absoluto de la temperatura, es decir, el teorema de los relojes de péndulo, es decir, la niebla biológica, es decir, la mortandad de los prejuicios que afectan al orgullo de las costumbres. Tengo entendido que no hay

mayor conjetura que un padre. Una preciosa estadística realizada con los rayos X demuestra la supremacía de lo que está fuera de la comprensión de la conciencia humana, una sombra diminuta con aspecto de vendedor de periódicos y forma de gajo de mandarina que aparece y desaparece cada vez que entre la cosecha de cebada la luz solar de la imaginación da su latido.

Escribo para obtener el premio Nobel de Física, después de todo el desorden exacto de los átomos no es muy diferente al de las palabras armonizadas en la oficina ¿Cuántos son numéricamente hablando los que se miran a los ojos y abandonan su Yo? Dejémos de extravagancias, ningún espejo es un mecanismo puro destinado a la imitación, sino reflejo de un anhelo variable de lo singular, es decir, he huido del capataz que me persigue con un pedazo de hueso, es decir, el árbol en el que se apoyaba Kant es el mismo en el que se apoyó Mozart, es decir, el réquiem por un sueño, es decir, la disolución del azúcar gracias al motor eléctrico de los místicos y los amantes.

LA TUMBA DE KEATS

(FRAGMENTO)

The poetry of earth is never dead.

John Keats

Esto sucede ante la hora izquierda en que mi vida,
violenta juventud contra el poder de un príncipe,
llama jauría a la verdad y belleza a los puentes derrumbados.
Llama flor del frío a la tumba de los náufragos,
astrolabio muerto a la nieve de los locos.
Hornea un talco negro el hambre de la muerte,
la edad de los sentidos, el obstinado aliento
de la cansada luz de octubre en el baúl de abejas.
Brotó sobre esta duna blanca la vehemente hierba de las islas,
la implacable hormiga en el blando bulbo de la boca helada.
Con guantes de forense sale la noche verde de su estuche
y la tempestad retumba por el otoño roto de las ánforas.
Tiene aquí mi corazón la edad del mundo,
el pez de piedra bajo el que los recién nacidos duermen.
Sufre el impaciente un reloj de sol bajo los párpados,
la aguja inmóvil como retina fría de los caballos muertos.
Mi vida es el temblor del consternado y el indigente ciego,
la constelación del triste en un festín de víctimas.
No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida,
la sábana de vidrio sobre la que la infernal razón se acuesta.
Vivo separado del rumbo de las cosas, hablo el miedo

de un heredero alzado contra el funesto monarca de las ciénagas.
No espero nada de los dioses, nada de la memorable epidemia de sus jueces.
Soy distinto ante el esclavo y el enano, soy el mismo suplicante y el eunuco.
Soy el transeúnte de la atmósfera, el anhelante oscuro del relámpago.
Oigo voces, oigo al temeroso y al anciano, sé que un caballo es un momento.
Oigo pasos, oigo el lastimoso trueno que al perenne huérfano perturba.
Tengo por amigo al penitente mar y al anticuado otoño,
amo la imperturbable soledad del hombre y la confidencia de los pájaros.
Llamo inalcanzable a la distancia que hay entre dos cuerpos,
alternativamente invado el país del fracaso y el suelo natal de la victoria.
Fui adolescente y me envenené con lumbre, fui déspota incansable
contra la vanidad que había la fiesta de los cuerpos.
No he llegado más lejos de mí mismo que una moneda del avaro está de otra,
considero estéril el invierno, considero el azul imprescindible.
Me ocupo con horror de los esfuerzos que hace cada día el sol por elogiar la tierra,
siento simpatía por el primitivo lúcido y por el débil infeliz metódico.
Prefiero la melancolía del cobarde a la furia invencible de los héroes,
prefiero el desamparo de los campos a la rígida ambición de los sepulcros.
Dios está cansado de escucharnos, están cansados los hombres y los perros,
la nostalgia es una canoa a la deriva por el río blanco de la muerte.

No me arrepiento de nada ni de nadie, la vida es un monólogo
entre la índole extinguida de una estrella y la natural semilla.
Mi alma crece silenciosa hacia un lugar incierto,
allí las fieras luctuosas, allí el sicario gótico y el infortunio ciego.
Brotó el arco iris de los cálices que sostuvo Homero,
le brota su cuerno al fauno, el eco al precipicio, su luz al cielo.
Ésta es la frontera de mi vida, ésta la hora izquierda
exacta en el destino del corazón de un prófugo.

Yo iré donde tú vayas vida esquivo, en tempestad, de noche,
junto al fugitivo cazador de las lagunas, con el presidiario absuelto,
yo cruzaré los médanos con lumbre, yo abrasaré los remolinos ciegos.
He sido parcial con los vencidos, seguiré siendo parcial ante los muertos.
Recuerdo de mi infancia tres peligros,
recuerdo el mal, los ojos sin pretexto del maldito,
recuerdo el aire que había en las palabras,
recuerdo un sueño, su prodigio, recuerdo el asno blanco del lechero.
He vagado por ahí, irrevocable, alegre, desmedido,
he ofendido con voluntad a los jerarcas
y al atónito perpetuo en su torre de herrumbre.
Salgo de un lugar y voy a otro, me inspiran compasión las jaulas.
No soy distinto al péndulo en la cueva ni al nadador vendado,
mi mayor habilidad es la pereza de encontrarme con otros a menudo.
De lo mismo que me acusan yo me acuso, jamás mis amuletos me abandonan.
Siento ante la noche una curiosidad equívoca,
tengo ante lo súbito un poder magnético.
Hay un pretérito espectro que no olvido,
hay un rumor lejano del infierno,
hay un enigma hebreo junto al mito.
Mi cuadrilla es inhábil para todo, nada sabe.
Tengo un secreto según la estación del año,
un invariable encargo desde el primer aliento.
Me contradigo siempre, la certeza es la sombra de un delito.
De vez en cuando me asocio con proscritos,
encuentro a mi amigo en la revuelta, me hospedo en un lugar impenetrable.
Sé que existe en la belleza el bosque iluminado y la mujer mágica.
He oído la música del próspero océano y la ligera lluvia sobre el tambor de ébano,
he oído el tímpano y el arpa en las catedrales fúnebres,

la esquila del leproso y la irrevocable campana del jurista.
No he aprendido a sufrir, toda severidad es inhumana.
Yo era, yo fui lo que las manos de un padre ante la generación exhausta,
el encomendado a la mudez, el imprudente ileso.
Cada visión del hombre es una idea nueva que visita el mundo,
el silbato con que un cartero festeja la imitación de Dios.
La imaginación es una vivienda donde los herejes hacen ruido con el Apocalipsis,
la imaginación es insalubre para las lápidas y el asiento de los agónicos,
la imaginación hizo resucitar a Jesús al tercer día,
la imaginación es un túnel de tierra de colores ante los ojos del topo,
yo he visto el mundo real de la imaginación sobre la memoria de los errores,
yo he visto al turbulento y a su ferviente amiga salvados por la imaginación,
porque el cínico no ha ido al infierno gracias a la imaginación
y el infame no ha entrado en el deshonor de su propia verdad gracias a la imaginación.
Yo me revelo contigo en la imaginación como el silencio en una amante inédita,
la conjetura indaga su resoplido entre la ruina, el árbol aborrece los valles,
ningún cautiverio dura eternamente en la brevedad de los labios de Horacio,
ninguna ciencia de rabinos descubrirá la amistad entre la poesía y el cielo,
los nómades no tienen campamento sino en la periferia donde algo amenaza,
Dante no tuvo campamento en los infalibles círculos,
yo tengo un aposento bajo el sombrero de paja y una estera de marfil en el asilo de las nubes.
Mi nombre no dice nada a quienes me rodean, voluntariamente combato sus síntomas.
Concibo la memoria como el oficio de devolver a las aldeas su soberanía.
Algunas veces la juventud es una pasión enferma que ha huido del séquito,
su vanidad decora el orgullo como las sombras una caverna.
Todo lo inverosímil representa una verdad para alguien,
el unicornio es inverosímil, el ángel es inverosímil, la raya del horizonte es inverosímil.
Lo imposible es indulgente con la maravilla,
llamo maravilla al pez de obsidiana y al vértigo de otro abismo desde los puentes de mimbre.

La pesadumbre escolta los intentos como el desencanto la orfandad del logro.
El riesgo vive en el semblante de los supersticiosos, el crepúsculo tiene las manos atadas.
El progenitor del artista es un mensajero que trae recados de la oscuridad.
En la provincia de las fábulas hay fábricas de pórfido para el ataúd de las estatuas.
Lo contrario al fallecimiento es una sonrisa inesperada, lo contrario al glaciarse la belleza del fuego.
Todo lo inmortal admite el mediodía, el girasol hace alianza con los páramos resecos.
El límite del hombre, el límite de la velocidad del pensamiento.
No han sido escritas estas palabras para el conocimiento de la razón
y no porque esa necesidad de conocer el sabor de los ruidos semánticos
no asista como un deber al hombre y sea enfermedad de su inteligencia,
pero el que entra en una tumba blanca y prueba el blanco y duerme sobre el blanco
no debería ya manchar con otra elección el lugar de lo sagrado.
Yo he entrado en una tumba blanca y he comido en ella carne brillante de pez,
he bebido agua de cal como otros beben agua de Dios mezclada con lluvia,
y a esa tumba la he llamado casa y he cerrado la puerta y me he quedado a vivir en ella.
Cuando llamé el lúcido le pregunté a qué venía, vengo para saber, eso dijo.
Cuando llegó el cobarde entró también el desconocido, traían aceite para las lámparas.
Nadie me ha ayudado a equivocarme, yo mismo he abolido mis derechos.

BERLÍN

Año tras año, cada domingo, hacia mediados de enero
la dialéctica de la espontaneidad se reúne en Berlín con Rosa Luxemburgo.
Acuden los líderes de los pantanos, cantan el himno de los arillos
en las orejas. Han venido los pájaros de Walter Benjamin
a ser definitivamente entendidos este domingo de mediados de enero.
Gloria a los escarnecidos, gloria a los elevados por las madres
que sostuvieron el sencillo universo de la lucha de clases.
Rosa Luxemburgo, vestida de negro y subida a un cajón de madera
habla con vehemencia al cordero y al lobo: No más créditos a la guerra,
no más hechicerías de patria al evangelio de los desesperados.
Año tras año, cada domingo, ángeles envejecidos caídos del infierno
Custodian a los inválidos y a los niños de las negaciones.
Han echado arenques envenenados en el asilo, el orden reina en Berlín.
¿Queda abolida la pena de muerte?
Dicen que hay cadáveres que hablan más alto que las trompetas.
Y los patinadores recogen su cerebro despedazado por un culatazo.

LA TUMBA DEL APÓSTOL

Esta no es la sabiduría que desciende de arriba
sino la tierra de los bautizados en su propia sangre,
los arrancados del tiempo de los vivos según el Libro de los Hechos:
Santiago el de Zebedeo, hermano del Evangelista,
asesinado hacia el 44 por Herodes Agripa,
Pilar Martínez, soltera, 31 años, costurera, vecina de Luou.
Eduardo Puente, panadero,
encontrado muerto en el lugar llamado La Amanecida.
Jesús Regueiro Bueno, Presidente
del Sindicato de Constructores de Calzado.
En aquellos días, como ovejas llevadas al matadero,
como corderos mudos delante de los trasquiladores,
Juan Jesús González Fernández, 40 años, poeta,
natural de Cuntis, fundador de la Unión Socialista Gallega,
Julio Silva, barbero, y Maximino Martínez, trabajador ferroviario,
un muchacho de Tordola llamado Juan Varela, de 16,
muertos de peritonitis por perforación,
hemorragia interna producida por arma de fuego,
destrucción orgánica del cerebro.
Ciertamente no era esa la sabiduría que desciende de arriba
sobre los testigos de la Transfiguración,
David Mariño, Elías, jornalero, Paulino, mecanógrafo,
Ángel Dapena Rozado, viudo, 66 años,
José Pérez, hojalatero, Emilia Sende Monteiro, sirvienta, a los 48.
Ramón el de La Fraternidad y Vicente el fotógrafo,
Jesús, Rodrigo, Manuel del Río, albañil, maestro, barbero,

Amador Prieto de 32 y María Castro, de 27, ambos solteros,
fusilados por decisión del Tribunal Militar de Santiago de Compostela
en julio del 36. En aquel tiempo dijo Santiago, pescador de Galilea,
primogénito de Salomé, llamado por Cristo
hijo del trueno: *Podéis atar mis manos*
pero no mi bendición y mi lengua.

POEMA DOCE

Qué les importa a los turistas Oliverio Gironde, andan
alrededor de la Tierra como si la poesía no fuese con ellos,
se miran en los espejos de versalles, se presienten
ante la tumba de napoleón, se desean a treinta y seis mil pies
por encima del oráculo de delfos, su probabilidad es la misma
frente al david de miguel ángel que ante las cataratas del iguazú,
aleatoriamente se acarician en machu picchu se besan
junto a la fontana di trevi, visitan cementerios, se fotografían
con cualquier bicho viviente, por lo general mandamases,
se atornillan a la torre eiffel, van al zoológico, echan maní
a la Gran Tristeza

ÓPERA SUZUKI

Sobre una silla de palo a la puerta del burdel Nagasaki los monos escarban el lóbulo de la piedad tras el Consejo de Guerra. El enfermo, el solitario, el genealógicamente perdedor se alimenta del sueño, chupa la cucharilla que su rival ha endulzado con beneficio en las colmenas de la jurisprudencia. Preferiría metérsela por el culo al Alcaide, metérsela por el culo al Gobernador, al presidente del Congreso y al dueño de la Compañía. Pero ya estamos en hora y los zorros esperan con inquietud el chicle de sus pulmones en el desolladero de tinta. Con una cacerola de aluminio los acomodadores dan el último aviso y ante las clases acomodadas se desgañitan Madama Butterfly y el Príncipe Yamadori. Fuera de allí se habla de músculos y de semillas de marihuana. También y con toda franqueza de cloacas y otros temas que nos agobian, como la compraventa de anillos nupciales y de adulterios fascinantes. El senador abre su boca de reloj a las siete y treinta y dos en punto. La clientela, los degolladores, los sustitutos de los representantes, bostezan compulsivamente. El público, ya es hora de que alguien se atreva a poner en duda lo de respetable, aplaude a la joven japonesa y al teniente de navío, igual lo recuerdan, un americano que a veces responde por Pinkerton. Sobre una silla de palo a la puerta del burdel Nagasaki los monos, con la emoción de quien no acepta las condiciones de pago, eso de que morir con dignidad es mejor que vivir sin ella, exigen otro bis y otro bis y otro bis a los cadáveres vivos.

LA MANO IZQUIERDA DE DIOS

La modalidad del sufrimiento abandona cada mañana las sinagogas. Abandona el 14 de abril de 1865, Viernes Santo, tarde del asesinato de Lincoln. Pide arenques entre los panes destinados a la Universidad. Ruega lo propicio entre las sacas de la Oficina de Correos y la evaporación de las relojerías cercanas a Nuremberg. La modalidad del sufrimiento retorna a los ojos de Homero como regresa a sus casas la gente corriente.

No es la guerra de Troya, no son los elementos escénicos que idean la prosodia del manifiesto, sino la máquina de cadáveres y los silogismos del juicio. Para ser más exactos, las lilas que no florecerán en el patio donde fueron plantadas por la gente corriente. La indiferencia ha sido persuadida por los brotes del cancionista, el instinto relata las circunstancias de Ulises, los desenterrados oyen la motocicleta de Mahler.

Llegan mozos de mulas al teatro del bosque, entra el descarnador de lo real con el asidero de los objetos irrepresentables. Por lo común agua de herrar, un copo de trueno en el ramal de los céntimos, este dibujo padre de pobres.

La modalidad del sufrimiento rehúye las formas de lo visible, convierte a los espectadores de las anécdotas de la niñez en una escolanía de soldados. Ese tipo de poetas vulgares que pasamos de claro en claro la noche, media docena de melancólicos matones a sueldo de los simbolismos de la retórica: lo falible y lo curvo, el rótulo del palo de jabón dando borradura a las señoritas, coba de género a la capilla ardiente del signo.

Sobre los taburetes del espectáculo las fábulas germinativas de cuanto fue lo creado penetran la imaginación de la gente corriente. Algunas millas al norte, como digo, Lincoln entra en el argumento: *como el estallido de una yema o de una vaina en la vegetación*, capitán de abril, mi padre querido en palabras de Homero.

La historia continúa unas páginas más allá. Mahler frena su motocicleta justo donde comienza la prolongación de la falsedad, justo donde la trampa de las sensaciones explican lo siguiente: la emoción sin comportamiento, la dificultad de existencia ante la soberanía de todo verdugo. No es el sentido común, es la grasa de cerdo, es la camisa gramatical doblada en la maleta de Homero la que va a testificar en Nuremberg sobre el almanaque de las lilas.

Son las siluetas de quienes han soportado las visiones las que deforman el texto, las serviles definiciones de la aniquilación las que privan de toda ley de felicidad la comedia de lo verídico. Son las partituras, los boletos cortados del espectador. Es el azar de las huellas en el túnel. Son las fábulas germinativas del prestigio. Es la tragedia la que penetra la imaginación de la gente corriente.

El cansancio de la muerte precinta herméticamente la responsabilidad de las Bellas Artes. El olvido utiliza los ojos del diablo para observar la organización de la monotonía, usa la influencia del método sobre la ingeniería del fracaso en la sien. A semejante distancia, el consumo sanciona el naturalismo de los deformes, el ensayo sobre la antigua ilusión del griego legaliza el habla consciente. Lo equivalente es la incurable basura de las reproducciones en el altoparlante, la temperatura desnuda del miedo.

Un hombre habla de estas cosas. Está sentado sobre cuanto fue lo real, frases lavadas, rifas de santero en las condensaciones de lo imaginario. Está cubierto por

la sangre de la fraternidad de la Revolución Francesa, por la degradación a un minuto escaso del abecedario de la igualdad de los soviets, el mismo lugar donde los informantes de lo indivisible reconocen el obstáculo surrealista como una posibilidad espontánea.

El dividendo es la muerte de Lincoln, la actividad es la raya de Mahler, la astucia es la ceguera de Homero. Es el instante del triunfo ocasional sobre el tiempo de las omisiones, la ausencia con que la gente corriente busca cada mañana una explicación al embalaje del loco, el rastro que conduzca a un extraño, al sistemáticamente femenino, al curado por la pedagogía de los consejos.

Entonces el poema se levanta y da por terminada la superficie del lenguaje, se apoya en la escalera de mano, digamos el punto de vista desde el que se asoma al vacío, a cierto grado de premonición equidistante a la agricultura de lo que llamamos destino, y ahí, destructiva, irreparablemente fragmentado por el mecanismo íntimo, tampoco alcanza a dar testimonio de la mano izquierda de Dios.

PÁGINA CON PERRO

Los carabineros detuvieron a mis amigos,
les ataron las manos a los raíles,
me obligaron como se obliga a un extranjero
a subir a un tren y abandonar la ciudad.

Mis amigos enfermaron en el silencio,
tuvieron visiones en las cercanías de lo sagrado.

No la herida del inocente,
no la cuerda del cazador de reptiles,
en mi pensamiento la crueldad tiene nombre.

Me llamaron judío,
perro judío,
comunista judío hijo de perro.

Este no es un asunto que se pueda solucionar con tres palabras,
porque para cada uno de nosotros
esas palabras tampoco significan lo mismo.

Yo he tenido un perro,
he hablado con él,
le he dado comida.

Para alguien que ha tenido un perro
la palabra perro es fiel como la palabra amigo,
hermosa como la palabra estrella,
necesaria como la palabra martillo.

GIRASOLES DE SEPTIEMBRE

Nada enferma buenamente y la hermana busca a su hermano. Los desaparecidos siguen desaparecidos. En el club alemán los varones celebran ebrios sus estrellas al mérito mientras los amantes humildes buscan en el parque un lugar donde no los vean. El Bío-Bío baja hacia Concepción con las ideas revueltas y los dueños de fundo orinan en el cobertizo pensando en cómo proteger a sus hijas. Las botellas vacías se han ido llenando de estiércol y por fiestas patrias los liceanos regresan a sus comunas en micros destartaladas. Llueve sobre las poblaciones y en el regimiento se enseña a los conscriptos a estrujar caracoles con la mano. Salvador Allende habla de las alamedas y los maestros primarios parten al exilio. Las pololas se pintan los ojos para que no se pudran las lágrimas y los soplones vuelven a sacar de las alcantarillas la lengua para congratularse con los milicos. Nada enferma buenamente y las madres llevan girasoles de septiembre a las tumbas sin nadie.

VENEZIA

Fui a Venecia, infinita ciudad entre los hermosos canales del mundo
No sé si eran borrachos o apóstoles pero anduve con gente inolvidable
Tanta obra maestra no había sido hecha para un descendiente de panaderos
Pero la Luna con toda certeza era la misma que había visto mi padre durante ochenta años
En Venecia si te llevas las manos a los bolsillos es que buscas una moneda
Las chicas llevan debajo de los tejanos una cajita de rapé pintada por Rosalba Carrieria
Enseguida aparecen los extranjeros, las góndolas, ese cuento de nunca acabar
Bajo el puente de los suspiros los remos chapotean las lágrimas estancadas de los condenados a
muerte

No hay caminos, hay que caminar detrás de Luigi Nono hasta llegar a Toledo
Al llegar a Toledo no sería extraño que el inquisidor te preguntase
¿Por qué habéis pintado a ese hombre vestido de bufón y con un loro en la mano?
En la casa de Leví la gente se adorna cuando se sienta a la mesa a cortar el cordero
Fui a Venecia, necesitaría por lo menos las veinte palabras que necesitan el poeta y el loco para
explicar por qué le sangra la nariz a un hombre

En verano los barcos parten desde Venecia con los secretos del arte de la memoria
En Venecia el agua es verde como las polainas de los heréticos que se pudren bajo el patíbulo
con un pedrusco atado a los pies

Hijo de un picapedrero Paolo Veronese se paseaba por los tonos fríos con una fastuosa estola de
armiño

La cara de la muerte, los dientes de la muerte, las patas de la muerte piden propina para el Dogo
encuadrado en excrementos de paloma

Fui a Venecia, compré el brillante sol cargado de amor y una pluma del papagayo rojo que
Isabel I de Rusia le había encargado a Tiepolo

Más hermosa en otoño vagué por el cementerio de agua que nubla la escombrera de ceniza de
los enamorados

En los campaniles ladraban los adolescentes bajo la máscara de los viejos leones deseantes
Vagué bajo las nubes y las falsas trompetas de oro donde los gatos comen la espina de las
serpientes
No vuelvas a Venecia, no lles nunca a tus hijos, para que exista el Dueño de la Ciénaga
primero ha de existir la Ciénaga
La garganta de las lámparas se ilumina de murciélagos y la noche anuncia la llegada del
siguiente mecenas a la cama de la luz mojada
En Venecia los adolescentes quedan hechizados por la máscara de los deseantes ofrecida como
dádiva a los penitentes
La nieve pasa de largo sobre las bandejas con babosas y los bailarines lamidos por la flor del
castaño en el jardín de agua quedan petrificados en las cartas astrales
La vida va una sola vez a Venecia
El mercader va una sola vez a Venecia
La Tierra y los demás hombres que giran alrededor del Sol van una sola vez a Venecia
Las gaviotas se cuecen en los quemaderos
Los féretros flotan sin saber su oficio
De los 247 judíos venecianos deportados por los nazis regresaron ocho después de la guerra
Desaparecerá como desaparecen los poemas y se borran las fotografías
Venecia se hunde
Que se hunda

UN POEMA INÉDITO

MIRÓ

las patatas enterradas en un cuadro de joan miró
se convierten en pájaros escondidos bajo la lana en el fondo de un tambor
esas lluvias dormidas no necesitan una silla para trabajar sentadas
dicen finas palabras con ojos de gallina mientras soplan el polvillo de las lentejas
dicen santa es la miel santa la miel vieja que no espera ninguna desgracia en la casa
dormida
solamente una vez durante toda la vida sale la estrella a platicar con los carneros que no
tienen apellido
la noche está patas arriba y los insignificantes con nariz de gancho van a la sinagoga a
llorar por la destrucción del templo
la madre los afeita bajo el impermeable con piel de fruta
se rasuran el mentón y los pelillos de las orejas
vienen los ratones con los bolsillos llenos de piedrecitas y garbanzos a volcar los
candiles
ohhhhh ahhhhhh ohhhhhh
cómo picotean allí dentro sus blancos zapatos de lejía y azúcar
en la última fila apoyados en el hombro de la nieve muerta preguntan a qué vendrá
pentecostés
a frotar con aceite los huertecillos con baldosas de oro a amarse bajo las colchas de
cama
qué caminata por la corona de los reyes
solo por hacer algo cruza cada uno su noche y el dedo de los anillos les dice pasa
allí está giorgio que detestaba las flores y amaba los frutos
allí las criaturas de apollinaire tirando desde la torre eiffel huevos a los alemanes
moishe moishe moishe
las patatas azules enterradas en los lienzos de joan miró lloran porque han perdido los
resguardos

será que lo hacen porque la hermosura no se puede comprar sino cambiarse por otra
 belleza
 la nodriza y el herrero han cerrado sus ojos y ahora se las arreglan sin beber
 sobre el jabón mojado juegan las niñas que han comprado una vela
 a la hora de la siesta las patatas escuchan música y se sirven pastelitos tricolor
 todos los días son el día de todos los santos
 los caballos comen fríjoles y las pensiones se llenan por un rato de mujeres y hombres a
 la manera de josephine baker
 amén por los que al mondar las patatas escuchan alguna palabra de su madre
 amén por los que con una mínima inclinación de cabeza dejan a dios con la boca
 abierta
 la lluvia no tiene dinero los corderos no tienen dinero los fuegos artificiales no tienen
 dinero
 igual descende la bendición sobre sus propósitos
 igual el ruseñor mira a la trompeta por el rabillo del ojo y las esposas y los huéspedes
 de la revolución industrial quedan pensativos
 ohhhhhh ahhhhhh ohhhhhh
 no es necesario caerle bien a la gente basta con no interrumpir el trabajo del mar
 acariciarle el pelo a la democracia
 eso sueñan las patatas bajo el arroz con pollo que se sirven los lanzadores de béisbol
 después de morderse la lengua
 las patatas se bajan de los taxis de cartón y simplemente entran en restaurantes
 carísimos llenos de obreros graduándose y apodos bastante lindos
 y el hombre que se mantenía al margen de todo se gira para decir no encuentro mi
 cartera
 y el hombre que se negaba a ver se da la vuelta para declarar por primera vez ;te amo!
 tal vez no para siempre esta felicidad es para ti
 ohhhhhh ahhhhhh ohhhhhh
 las patatas enterradas en un lienzo de joan miró

BIOBIBLIOGRAFÍA

Juan Carlos Mestre (Villafranca del Bierzo, León, 1957), poeta y artista gráfico, es autor de varios libros de poesía y ensayo, como *Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo* (Premio Adonáis, 1985) *La poesía ha caído en desgracia* (Premio Jaime Gil de Biedma, 1992) o *La tumba de Keats* (Premio Jaén de Poesía, 1999).

Su obra poética ha sido recogida en varias antologías como *Un poema no es una misa cantada* (2013) o *Historia Natural de la Felicidad* (2014). Por su libro *La casa roja* obtuvo el Premio Nacional de Poesía 2009, y con su último poemario *La bicicleta del panadero* recibió el Premio de la Crítica.

En el ámbito de las artes plásticas ha expuesto su obra gráfica y pictórica en galerías de España, EE.UU., Europa y Latinoamérica. En 1999 obtiene la Mención de Honor en el Premio Nacional de Grabado de la Calcografía Nacional, y semejante distinción en la VII Bienal Internacional de Grabado Caixanova 2002, Premio Internacional de Arte Gráfico Atlante 2009 y III Premio Internacional de Grabado, Fundación Vivanco en el 2010.

ÍNDICE

	PÁG.
Elogio de la palabra	5
Selección de poemas	39
Poema uno	41
El adepto	43
Elogio de la palabra	45
La casa roja	46
Todos los libros llenos de palabras	48
Historia secreta de la poesía	50
Antepasados	52
El anzuelo de la libélula	54
Salmo de los bienaventurados	56
Cavalo Morto	58
Los refugiados.....	60
Enigma	62
El poeta	63
La medida	67
Remitido a Schrödinger	68
La tumba de Keats	70
Berlín	75
La tumba del apóstol	76
Poema doce	78
Ópera Suzuki	79
La mano izquierda de Dios	80
Página con perro	83
Girasoles de septiembre	85
Venecia	86
Un poema inédito	89
Miró	90
Biobibliografía	93

La Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa creada en 1955 por el financiero Juan March Ordinas con el propósito de promover la cultura humanística y científica en España. Su historia y su modelo institucional, garantía de la autonomía de su funcionamiento, contribuyen a concretar su misión en un plan definido de actividades, que atienden en cada momento a las cambiantes necesidades sociales y que en la actualidad se organizan mediante programas propios desarrollados en sus tres sedes, diseñados a largo plazo, de acceso siempre gratuito y sin otro compromiso que la calidad de la oferta cultural y el beneficio de la comunidad a la que sirve.

La Fundación produce exposiciones y ciclos de conciertos y conferencias. Su sede en Madrid alberga una Biblioteca de música y teatro español contemporáneos. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca. Su Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, donde se ha doctorado cerca de una centena de estudiantes españoles, se halla ahora integrado en el Instituto mixto Carlos III/Juan March de Ciencias Sociales, de la Universidad Carlos III de Madrid.

PYP

[35]



FUNDACIÓN JUAN MARCH